

El Político y el Payaso

daniel bernardo grimberg



Capítulo 1

El Político y el Payaso (por Daniel Bernardo Grimberg)

“La fortuna es una constante en el pensamiento de los políticos.

Algo de lo que se apropian y en lo que cifran sus esfuerzos.

Es la luz de la valoración, la majestuosa gracia de las posibilidades.

Es que tienen un sentimiento vitalicio del poder:

La sensación que el país es la construcción que ellos hacen.

Lo arman como una entelequia en la que son esenciales.

El conjunto de sus poblaciones le sirven para arrancar en el tema de las elecciones.

Y disuelven en donde quieran que se encuentren a las figuras de la colectividad que les reprochan, replican, o rechazan sus reglamentaciones que no sólo deben ser acatadas como esplendidas, sino que además contienen unas cuantas de sus picardías que tienden a reforzar a su poder.

Ellos entienden y conciben a la sociedad que por sí misma no es capaz de transformar nada.

¿Qué vendría a ser el poder si no incluyera la potencialidad de hacer lo que uno se le da las ganas?

Porque si se incrustan en el gobierno lo que hay más allá del Estado pasa a ser una referencia indirecta.

Algo de lo que no tienen culpa ni se hacen responsables.

Además, basaban sus metas en el dinero y calificaban los cargos de acuerdo a la extensión de las arcas públicas que les correspondía.

El dinero era la paradoja insustituible por el que harían cualquier sacrificio”.

Esto lo había dicho Horacio Alois con un propósito que más de un erudito fue el de un divulgador.

Se mostraba frente a las cámaras de televisión de la misma forma que si estuviera sentado en su taller secreto.

Y lo escuchaba Leónidas Santoro, político de raza que reaparecía de a ratos para demostrar su dramática condición de forjador de la república.

Sí: un edificador que decía querer adelantar al crecimiento, y que sentía una natural repugnancia al vacío.

Y citaba versos con parafernalias gauchescas en el medio de los debates legislativos.

Como prólogo y para que se viera que pugnaba por lo alcanzable.

(Ese hombre de rasgos aplanados se había hecho la fama de ser un sesudo respaldo de la cultura).

Había habido una alarma intermitente en el buen Santoro por el comportamiento de Alois al que definió como un espécimen indefinido de intelectual.

Sus peroratas eran como un martilleo irrompible que hacía sobre su cabeza.

Una vejación impura porque no dejaba de ser una inmundicia.

Alois era un sujeto de mentalidad febril que evidenciaba sus disgustos por los políticos a los que les adjudicó el participar en un complot mezquino y difícil de creer... si se seguía a sus cuentos que eran bizarramente narrados.

En una ocasión Santoro consideró que este hacía astrología y en otra que hablaba en un idioma que no era el español y ni siquiera el portugués.

Pero le molestaba que la gente lo siguiera en forma excesivamente profunda o con exhaustividad.

El hombre tenía su público al que le gustaba las agresivas resonancias de lo que decía.

Horacio Alois dijo que había una desmesurada preponderancia de los de estos lares, que, por poner un ejemplo, ganaban el doble de los políticos españoles que gobernaban un país cuya sensibilidad cultural y cantidad de población eran bastante similares, pero había muchísimo menos pobreza y

estaba mucho más desarrollado.

(Esos datos no fueron una manifestación derrotista de sus murmullos, sino que surgieron de estudiadas estadísticas).

La conclusión de Alois no era inimaginable:

El país desde hacía casi un siglo retrocedía en el lodo y cada gobierno sólo guardaba fidelidad a la rapiña.

Los políticos accedían a la función pública con la irreductible intención de enriquecerse hasta hacerse millonarios

Eso lo decía haciendo un efímero contacto de sus ojos con las cámaras y envolviendo a su rostro con una sonrisa fantasmal.

Leónidas Santoro se preocupaba grandemente porque Horacio Alois hacía oír sus infundios que desprestigiaban a la clase política con una desopilante argumentación que se revolvía en contra de lo provechoso que habían hecho por la democracia.

Pero eran sólo enigmáticas palabras que sólo sostenían la influencia de una despreocupada narrativa.

Alois olvidaba que ellos no estaban ahí sólo por motivos estéticos, sino también por razones históricas y sociales.

Y que retrataban y repetían a un mundo que no era ficticio, sino que subrayaba a la cotidianeidad.

Los políticos jamás desaparecerían.

Y eran más fuerte que cualquier burguesía porque eran territoriales:

A ellos les correspondía beneficiarse económicamente o al menos mantener condiciones de digna superioridad.

Y no eran simples personajes, sino los que combinaban a la luz con el desconcierto.

Constituía la tradición más sonora que los gobernantes acumularan junto a sus destacados privilegios, silenciosas fortunas.

Esos eran sus destinos que no tenían nada de alegórico ni de sacrificado.

Leónidas Santoro entendía que nunca serían excesivamente prósperos los

dirigentes, aunque el país se arruinara.

Ellos compraban voluntades periodísticas, engañaban, y como un contraste violento hablaban del desarrollo de la nación.

Y mantenían mejor al ideal colectivo de la esta cuanto más se alejaban de la realidad.

Se asumían con orgullo como los salvadores de la patria n cuando con cada nuevo paso que daban, destruían lo que antes solía ser lozano.

Pero en sus hiperbólicos discursos sostenían que habían desplazado a las neblinas de la historia.

Prometían que las transformaciones eran inminentes.

Un feliz Estado los contenía y vivían de sus rentas a vidas cuyas linealidades no tenían disrupciones y eran maravillosas.

Eran los verdaderos ciudadanos y no los otros:

Los ninguneados, los pobres, los que no entraban en círculos razonables de cálculo.

Pero que había que llevar a votar a regañadientes.

Pero ahí estaba Alois propagando ridículos consejos:

Despotricando errante contra aquellos a los que no respetaba y acusaba de haber llevado el país a sucesivas bancarrotas.

Los culpaba de los traumas, de los sufrimientos y hasta de la enfermedad...

Establecía un espacio disidente con una original línea de ideas y valores que decía que había que llevar a la práctica.

Lo decía haciendo una articulación desesperada e irracional en las sílabas.

Santoro presintió que ese talentoso hombre descifraba a los secretos trucos de los que cumplían las gloriosas tareas administrativas, y le temió.

La lenta insensatez podía llevar a la conspiración o hacerse inseparable de lo que tenía que quedar bien disfrazado.

Había mucho inconformismo en quien ponía como base de sus críticas a la libertad y la Constitución.

Y a sus afirmaciones las lanzaba con un éxtasis que hacía una presunción de la caída de los políticos corruptos.

Santoro tuvo una idea:

Acabaría con Horacio Alois poniéndole el cómodo rótulo de payaso para que su vehemente constelación de agravios no siguiera expandiéndose.

Sabía que tenía dificultades económicas y le propuso montarle un espectáculo.

Uno que lo introduciría a un escenario en donde sacaría a relucir sus cualidades histriónicas.

Otros cómicos harían vibrantes bromas, y situándose al lado de encantadoras mujeres con pocas prendas él difundiría sus mensajes en el medio de la carcajada general.

La alegría se multiplicará y su magia le hará ganar aplausos.

(Y lo anularía definitivamente al adscribirlo al género del entretenimiento).

Alois aceptó la propuesta.

Y trabajó en aquello tan trivial a la vez que comunicaba lo que había en su mente.

Sugerencias que demarcaban fronteras novedosas.

Frente a las risas con las que se enfrentaba, no hubo en él balbuceos sino el cuidado de hablar de la detestable clase política que cometía todo tipo de atropellos con disimulo.

La gente reía, pero para evitar sentir arcadas que la hicieran vomitar.

Despejando a cualquier tentación anárquica, encontró ahí a su cauce de expresión tan provocador como racional.

Por lo que para vergüenza y desolación de Leónidas Santoro no menguó la influencia de Horacio Alois en la sociedad.

Y las críticas de ese tenaz adversario se hicieron cada vez más potentes.

(Nadie creyó que lo que decía fueran chistes o meros artificios verbales).

Sin indignarse Santoro le planteó a Alois la opción B que llevaba debajo de las mangas.

Para que dejara de cruzarse con los políticos...

Es decir: que no fuera tan crudamente denigratorio con sus tareas loables (o los atacara de manera sutil), le propuso que se uniese a su lista política y ocupara una banca en la cámara de diputados.

Consideró que sería un importante aporte sumar a su entusiasmo radical para sacudir a los cimientos de las miserias.

Fin (28-9-2019)